

Tabitha me enseñó a VIVIR, no solo a sobrevivir
President's Pick Ensayo ganador,
decimonoveno concurso anual de ensayos
De Gerogene Sims



En marzo de 2019, una puerta se cerró con un golpe. Me encontré en la Unidad de Cuidados Intensivos de mi hospital local, aturrido, con dolor y pidiendo alivio. Un desfile de batas blancas entraba y salía, reflejando mi conciencia. Los rostros severos de aquellos con quienes estaba familiarizado deberían haberme alarmado; Estaba más allá de eso. Estaba listo para morir y le di la bienvenida. El

dolor en mis piernas era tan grande que las combinaciones de narcóticos administrados resultaron inútiles. Las batas blancas fueron contundentes: "No estamos seguros de por qué usted está fallando aquí, pero estamos trayendo especialistas para que lo examinen".

Tres semanas después, salgo del hospital con un catéter tunelizado colgando de mi pecho, varias rondas de hemodiálisis detrás de mí, regresando a casa con un futuro incierto. Se me había administrado una asombrosa variedad de pruebas y tratamientos y el diagnóstico era enfermedad renal en etapa terminal y sepsis. Había oído hablar de la sepsis antes y esa palabra resonó siniestramente en mi cerebro. También había otras palabras aterradoras como transfusión (aparentemente, había tenido dos) y, sin embargo, estaba vivo, y ahora que el dolor se había ido, estaba realmente feliz por eso.



Mi primera visita a la clínica de diálisis fue un shock. Había todas estas sillas situadas de forma circular alrededor de una estación de enfermeras, y varios pacientes me miraron con curiosidad cuando me uní a este club de mala gana. Esto fue bastante diferente de mi experiencia en el hospital, donde a menudo era el único paciente en la habitación. El zumbido de las máquinas de hemodiálisis, las alarmas, el apresuramiento de los profesionales que atendían las alarmas, el olor a desinfectante, todo eso inducía una sobrecarga sensorial. Hacía frío. Nunca me acostumbré al frío. Esa clínica era mi nuevo hogar, mi atadura a la vida misma. Aprendería cómo funcionaba esto y sería el paciente más obediente que jamás hayan conocido. Aprendería a apreciar las cuatro horas al día, tres días a la semana, que estaría atrapado en esa silla y estaría agradecido. Después de todo, quería vivir, ¿verdad?

Un día, unos meses en esta rutina, la directora clínica se detuvo junto a mi silla, y con los brazos cruzados y la cabeza ladeada murmuró: "Realmente no perteneces aquí, eres tan joven. ¿Alguna vez ha considerado la DP? Nunca había oído hablar de la DP, así que se escabulló para llamar a una enfermera de DP. Aprendí que la Diálisis Peritoneal (DP) era un tipo de diálisis que me liberaría de esa silla, permitiéndome hacer tratamientos en casa, incluso mientras dormía. Sin agujas, sin sangre fluyendo a través de los tubos, solo un catéter colocado quirúrgicamente en mi abdomen que, a través de un poco de magia médica, introduciría una solución en la cavidad de mi cuerpo y luego eliminaría las toxinas y el exceso de líquido. Es en este punto que mi heroína de salud entra en mi historia. Ella es mi enfermera de DP, Tabitha. Esta pequeña, enérgica, amable y paciente persona iba a entrenarme, monitorearme y convertirse en mi nuevo salvavidas. El entrenamiento significaba un libro intimidante de material que cubrir y procedimientos que practicar, pero abordé cada lección con entusiasmo, decidido a hacer todo a la perfección. Los resultados de mi laboratorio serían



estelares; Le demostraría al equipo que su fe en mí estaba justificada.

Al reflexionar sobre este trayecto más de dos años después, creo que la lección más importante que me enseñó Tabitha, sin embargo, fue VIVIR, no solo sobrevivir. Ella me animó a divertirme, relajarme y esperar lo mejor. Como soy una persona bastante pesimista, ella era exactamente lo que necesitaba para encontrar el equilibrio en mi vida. Esta nueva normalidad no sería una sentencia de muerte lenta, plagada de informes de laboratorio A+. ¡Aún quedaba mucha vida por vivir! Tabitha me animó a salir de casa, cenar fuera (mientras me recordaba amablemente que llevara mis pastillas) viajar y encontrar nuevas aventuras. Ella me enseñó a ser meticulosa en mis procedimientos, pero modeló cómo encontrar el humor en mi nueva forma de vida.

He sido extremadamente afortunado de tener un equipo de atención médica increíble, que incluye un médico de cabeza y un nefrólogo que colaboraron para salvar mi vida. Sin embargo, fue durante uno de los períodos más oscuros de mi vida, que Tabitha trajo bondad y luz, ofreciendo esperanza. Ella siempre está a una llamada de distancia y, sabiendo eso, puedo superar los desafíos de la ESRD y prosperar.